

Una **C**aja llena de **d**ientes

TERESA BROSETA





Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

Equipo Dylar

Corrección y adaptación

Alejandra Reyes-Retana G.

Impresión

DECERO

ISBN: 978-84-15966-79-1

Depósito legal: CS-537-2016

© Teresa Broseta

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

www.dylar.es

www.dylar.mx



Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.

Una **Caja** llena
de **dientes**

TERESA BROSETA



 DYLAR

Teresa Broseta



¿Conoces a la autora?

Teresa Broseta nació en Valencia, España, donde todavía vive. Trabaja en el gobierno haciendo cosas muy serias y un poco aburridas con números y papeles, y después, cuando tiene tiempo, disfruta mucho escribiendo.

Ha publicado libros tanto en castellano como en valenciano, y ha obtenido algunos premios de narrativa y poesía infantil. Aunque ha escrito alguna que otra cosa para adultos, lo que más le gusta es escribir para niños y jóvenes. Entre sus libros podemos destacar *¡Hermanos hasta en la sopa!*, *Zumo de lluvia*, *Le costures del món* y *Berenars amb Cleopatra*.

Rellena tu ficha



Teresa Broseta nació en.....

.....

trabaja en

.....

Cuando tiene tiempo escribe libros

como

.....

Ha obtenido algunos premios de

narrativa y

Lo que más le gusta es

.....

Otro de sus cuentos se titula

.....

.....

.....



Una caja llena de dientes

Coral ha abierto los ojos antes que cualquier otro día, más despierta que una lechuza. ¿Qué le habrá dejado esta vez el ratoncito Pérez? Ya le trajo una caja de pinturas, dos libros y una camiseta de manga corta. ¡Se le están cayendo un montón de dientes! ¿Qué se le habrá ocurrido hoy? Antes de que pueda meter la mano bajo la almohada, oye sonar el despertador de su mamá. ¡Odia ese ruido casi tanto como las acelgas cocidas! Como por arte de magia, como todos los días, su mamá aparece en la puerta llena de energía y de prisa:

—¡Buenos días, bonita! ¿Has dormido bien? Yo, estupendamente... Creo que soñé que iba en barco, pero no estoy segura. ¡Orale, flojita! ¡Arriba! Ponte los pantalones de pana, hoy hace un frío de miedo... ¡Y el abrigo rojo, que se te ve muy lindo! Tienes el desayuno en la cocina, yo voy a bañarme volando...

Y volando sale de la habitación, antes de que Coral pueda abrir la boca para contestar. ¡Más que una mamá es un terremoto! Mientras se viste a toda prisa, Coral oye correr el agua de la regadera. Y oye también la voz desafinada de su mamá, cantando a pleno pulmón algo imposible de reconocer. ¡Qué energía! Todo lo hace deprisa, y, lo que es peor, está convencida de que los demás pueden hacerlo tan deprisa como ella. No puede soportar que la hagan esperar, ni siquiera un po-



quito... Pero Coral no puede correr tanto, por más que quiera. ¡O, por lo menos, no puede correr tanto sin olvidar algo por el camino!

Esta vez, con las prisas, se olvida completamente del ratoncito Pérez. ¡Qué cosas! Corre a la cocina abrochándose aún los pantalones, se traga el desayuno casi sin masticar y quemándose la lengua, y pasa como un huracán por el cuarto de baño. Cuando acaba, su mamá abrió ya la persiana y atiende a los primeros clientes del día. ¡Qué cómodo es tener la tienda en la parte de atrás de la casa! Lo que más le gusta a Coral es que el olor de la fruta fresca perfuma todas las habitaciones. Lo que más le gusta a su mamá es que puede pasar de la regadera al trabajo sin perder ni un segundo. Y a su papá, que come por siete, lo que más le gusta es desayunar cada día con pan recién horneado.

Es que en Villapinos, el pueblo de Coral, sólo hay dos tiendas. Una es la de Pedro el pelirrojo, donde se venden todas las herramientas para trabajar en el campo y también la comida de los animales. La otra es la de Inés, la mamá de Coral, donde se vende todo lo demás. ¡Sí, sí, todo lo demás! Gomitas y arroz, cloro y zapatos, fruta y periódicos... ¡Es un revoltijo impresionante! Sólo una persona tan enérgica y tan organizada como Inés es capaz de aclararse allí dentro. Ella ordena la tienda en un santiamén, encuentra sitio para almacenarlo todo y sabe siempre dónde encontrar cada cosa.

Además de hacer todo eso, no deja de hablar por los codos ni un momento. Toda la gente del pueblo pasa por la tienda de Inés a comprar algo, y ella tiene conversación para todos. Y, por supuesto, se entera tar-

de o temprano de todo lo que pasa en el pueblo. Sabe cuántos gatitos ha tenido la gata de Paco y cuántos claveles nuevos han crecido en el balcón de la señorita Aurora. Sabe que a Rosa no le gustan las espinacas y que Daniel, el hijo del alcalde, llora a moco tendido cada vez que le toca cenar pescado. Sabe que Pedro, el pelirrojo, se duerme todas las noches con la luz encendida, y que la vieja María no duerme y se pasa las noches leyendo novelas de amor. Y sabe, por supuesto, cuántos dientes se le han caído ya a cada niño del pueblo... ¡Empezando por su hija!

Cuando Coral sale corriendo con la mochila a cuestas, le pregunta con una sonrisa:

—¿Qué te dejó hoy el ratoncito Pérez?

—¡Chin! —grita Coral, soltando la

mochila a mitad de la tienda—. ¡Se me olvidó revisarlo!

—Un día se te olvidará la cabeza...

—Suspira su mamá—. ¡Ve a verlo!

Coral corre de vuelta a su habitación, levanta de un jalón la almohada y se encuentra con una cajita de madera del tamaño de una baraja de cartas.

—¡Una baraja! —exclama—. A ver si es de familias...

Cuando toma la caja para abrirla, le llama la atención el ruidito que se oye en su interior. Más que una barajas, parece una maraca con una forma muy poco común... No tiene ni idea de qué puede ser, así que la abre con una sonrisa. ¡Le encantan las sorpresas! Esta vez, sin embargo, la sonrisa se le borra en cuanto consigue abrir la tapa y mirar el interior de la caja...

—¡Qué asco! —grita, a la vez que suelta la caja sobre la cama como si quemara.

El contenido de la caja está desparrramado ahora por encima de la cama destendida de Coral, y ella mira con muchísimo asco todos aquellos dientes. ¿De dónde han salido? ¿No se supone que el ratoncito Pérez se lleva los dientes? Pues a ella le trajo un buen montón... ¡Algo no cuadra en esta historia!

—¡¡¡Coral!!! ¡¡¡Vas a llegar tarde a la escuela!!!

La voz de su mamá llega desde la tienda como una trompeta. Es verdad, va a llegar tarde, pero no puede dejar aquello hecho un desastre... Coral busca a toda prisa en uno de los cajones del clóset, saca un viejo guante de lana y se lo pone sin dejar de hacer cara de asco. Con el guan-

te puesto, recoge los dientes uno a uno con el índice y el pulgar y los va dejando dentro de la caja tan rápido como puede. Después vuelve a poner la caja debajo de la almohada, echa el edredón para tapar el desorden y vuelve otra vez a la tienda a recoger su mochila. Su mamá, a pesar de la cola de clientes, vuelve a preguntar:



—¿Qué te había traído?

Coral mira a los clientes y no se anima a contestar. No le late nada que todo el pueblo sepa que el ratoncito Pérez, en vez de un regalo, le ha dejado sólo una caja llena de dientes asquerosos...

—¡Después te cuento! ¡Voy a llegar tarde!

Y su mamá no dice nada, porque tiene razón. Son casi las nueve... Coral se pone la mochila, besa apresuradamente a su mamá, toma un plátano de una cesta en la que hay muchos plátanos más y sale zumbando en dirección al colegio. No puede aguantar las ganas de encontrarse con Iván, su mejor amigo, y contarle todo aquello de la caja misteriosa...